
Pedro Marchetti y Juan Hernández Pico

El Salvador: Correlación de fuerzas en los EEUU y su incidencia en la estrategia revolucionaria de El Salvador

RESUMEN

Los autores efectúan una prospección estructural de la lucha de clases al interior de los EEUU, interpretando las tendencias económicas, sociales, políticas y culturales que, a lo largo del siglo, se han configurado en ese país. Sostienen, tras análisis metódico, que el capitalismo estadounidense ha tratado por todos los medios de mantener, recobrar y reafirmar la hegemonía del imperialismo. La crisis del sistema ha hecho que el centro mundial del capitalismo entre en contradicciones internas, genere reacciones adversas a partidos y gobiernos, y establezca una correlación de fuerzas que incide en los aspectos fundamentales de la política exterior en determinadas zonas geográficas. La lucha interclases en EEUU condiciona nuevas estrategias y tácticas del imperio, a la vez que los sucesos externos repercuten cada vez más con mayor vigor en la generación de nuevas actitudes de la clase dominante, a fin de obtener la confianza de los sectores y estratos proletarios de esa nación. Es a partir de estas realidades que Marchetti y Hernández Pico estudian la actual postura de la Administración Reagan frente a la estrategia revolucionaria que se opera en El Salvador. El trabajo estudia las posibles alternativas de una intervención norteamericana de mayor envergadura en el área, directa e indirecta, económica y militar, en grado que afectaría gravemente el orden político del continente.

1. Prefacio: carácter y enraizamiento de este análisis.

Un análisis coyuntural que sea realmente provechoso para las fuerzas populares que en El Salvador intentan cambiar el curso de la historia social y ofrecer así una nueva posibilidad histórica para la transformación profunda en dirección hacia mujeres y hombres nue-

vos, necesita abordar continuamente la correlación de fuerzas a nivel internacional. Para ser realista, tal análisis debe tratar de comprender el modo como se enfrentan las clases sociales en los Estados Unidos. Para ser, a la vez, profundo, tal comprensión debe enraizarse en la visión consciente de las fuerzas que —a largo plazo— intentan dar expresión política —en un partido— a los intereses proletarios de la clase obrera norteamericana.

Los desafíos delineados en el párrafo inicial de este artículo implican la necesidad de un análisis estructural de las fuerzas que se han enfrentado en los Estados Unidos durante las diversas fases que el capitalismo dominante ha mostrado a lo largo de este siglo. La lógica del capitalismo estadounidense se ha desplegado políticamente en este siglo convergiendo siempre hacia los intentos por mantenerse como fuerza hegemónica del imperialismo o por recobrar o reafirmar dicha hegemonía, cuando ésta ha entrado en crisis. En base a estos intentos se han ido concertando alianzas de clases que han pretendido ganar la adhesión de la clase obrera, en un juego sutil de tira y afloja alrededor de sus aspiraciones de todo orden. De parte de la burguesía la pretensión ha sido siempre obstaculizar el acercamiento de la clase obrera o de sus grupos más conscientes a la hegemonía política de tal alianza.

Evidentemente un análisis estructural como el que se necesita, no puede fijar su mirada únicamente en las coyunturas más recientes (configuración del "trilateralismo", derrota militar en Vietnam, humanitarismo militante alrededor del problema político de los derechos humanos a nivel internacional, guerrerismo del nuevo equipo gobernante de Reagan, etc.). La mirada tiene que abarcar décadas de dinamismo político. Sólo así podrá llegar a comprender la coyuntura que "Reagan" delimita, y por lo tanto los márgenes de posibilidades que le quedan disponibles al imperialismo norteamericano para utilizarlos activamente en el marco de la correlación internacional de fuerzas. De ahí brotará la posibilidad de predecir —en la modesta forma de hipótesis, típica del análisis social— la incidencia del imperialismo sobre la estrategia de las fuerzas populares en El Salvador, especialmente la probabilidad de una intervención estadounidense —indirecta o directa— de tipo militar masivo, así como el plazo probable de tal intervención según diversas circunstancias.

En cualquier caso, el objetivo de este artículo es iluminar la coyuntura política actual bajo el aspecto de la interferencia internacional en los propósitos estratégicos de las fuerzas que vanguardizan el proceso revolucionario salvadoreño. Evidentemente, el énfasis que se privilegia es la interferencia estadounidense probable. Para ello se escoge un análisis estructural con profundidad histórica y a largo plazo de la dinámica de la lucha de clases en los Estados Unidos. Además se hace esta elección desde la perspectiva de los

intereses políticos de la clase obrera norteamericana, los únicos capaces de enrumbar a su país hacia una transformación verdaderamente humana; en concreto, es la visión analítica de sus fuerzas más conscientes la que aquí se utiliza y de la que somos deudores los autores.

2. Método y contenido del artículo.

Por lo dicho en los párrafos del prefacio queda suficientemente claro que el artículo presente intentará realizar una prospección estructural de la lucha de las clases sociales en los Estados Unidos, interpretando tendencias económicas, políticas, sociales y culturales que se han venido configurando durante este siglo. No se pretende exhaustividad en los detalles ni tampoco un pesado aparato bibliográfico. Escribimos, sin embargo, con la solidez de datos científicamente recogidos y analizados. En ellos, y en la praxis consecuente de quienes los han trabajado, nos apoyamos. Aquí y allá mencionaremos estas fuentes, aún sin citarlas con aparato científico.

El contenido del artículo lo dividiremos en dos partes. **Primero**, estudiaremos la coyuntura política configurada por el fenómeno "Reagan", a partir de su constitución como intento de demantelamiento de un modelo de política económica y sobre todo de una alianza de clases iniciados en la segunda década de este siglo. **Segundo**, formularemos las hipótesis probables respecto de la incidencia del imperialismo sobre la estrategia de las fuerzas populares en El Salvador. Dado el carácter diverso de las distintas secciones del análisis, algunas serán más esquemáticas que otras en su tratamiento.

El análisis en su globalidad está motivado por una opción ética y por una visión política que no pueden ser más contrapuestas respecto de la opción y la visión emergentes en el equipo de gobierno de Reagan. El cinismo ético de la señora Jean Kirkpatrick, Embajadora de los EEUU ante la ONU, se ha manifestado, como muestra bastante representativa de dicho equipo, en la designación de las dictaduras militares represivas latinoamericanas como "regímenes autocráticos que ejercen su autoritarismo moderadamente" (*Moderately Authoritarian Autocratic Regimes - MAAR*). Recuperando la tradición filosófica de Hobbes, la profesora Kirkpatrick vacía actualmente sus oportunidades políticas en moldes que dan como resultado benignas miradas de comprensión para aquellos regímenes que apun-



talan el orden amenazado con decenas de millares de asesinatos, desapariciones o arrestos y condenas al ostracismo, no ya político solamente sino sobre todo humano. Todo esto se justificaría en función del mantenimiento de la estabilidad, es decir, aparentemente en función de un problema técnico de gobierno que debe preceder a opciones de valor sobre la dirección concreta imprimible a una sociedad. Pero en el fondo son los intereses rapaces del capitalismo imperialista los que ese mantenimiento del orden quiere defender como valores absolutos. Por ello, cuando se le urge respecto de su posición ética, la señora Kirkpatrick no vacila en afirmar que decenas de millares de cadáveres son preferibles a millones de cadáveres por encima de los cuales ha pasado la construcción revolucionaria del socialismo histórico. La bancarrota moral de una comparación así es evidente, prescindiendo de la hipocresía de quien ve la paja en el ojo del socialismo que se construye y no ve la viga en el propio ojo del capitalismo con sus orígenes violentos, su colonialismo implacable y sus guerras sin cuartel, para no hablar del hambre de la humanidad que diariamente asesina a millares de víctimas del actual orden económico mundial (léase capitalista). Frente a dicha visión hobbesiana, se levantan hoy, en El Salvador, en otras partes de Centroamérica y en muchos otros lugares del mundo, las posibilidades y las opciones políticas motivadas por la esperanza indestructible de los pobres. Sin ningún fatalismo histórico, ni aun de signo optimista, esta esperanza tiene en su indomable dignidad su propia justificación humana.

3. El fin de un modelo de política económica y de una alianza de clases en los EEUU.

La crisis de la fase actual del capitalismo, que en los Estados Unidos ha permitido la elección a la presidencia del país de Ronald Reagan, no puede comprenderse cabalmente como producto de factores coyunturales. Se trata en realidad de una crisis estructural de hegemonía política, que afecta a la capacidad de liderazgo del capitalismo como sistema mundial.

Muchos observadores de la escena internacional y muchos políticos se han puesto de acuerdo para admitir la existencia de esta crisis y para describirla —en la forma que recoge más coincidencia de pareceres— como una crisis económica “mundial” de estancamiento e inflación simultáneas y mutuamente reforzantes. Tal descripción, sin embargo, no baja a las raíces de la crisis ni se pronuncia sobre su carácter coyuntural o estructural.

Para muchos, la crisis sería solamente coyuntural y sus raíces estarían hundidas en el notable ascenso de los precios del petróleo desde la guerra de Yom Kippur entre Israel y los países árabes en 1973, a la cual siguió la decisión de embargar el abastecimiento de petróleo a los países aliados de Israel. Michael Herrington, conocido politólogo norteamericano, en su libro “El Ocaso del Capitalismo” (*The Twilight of Capitalism*), ha argüido coherentemente en contra de esta hipótesis, afirmando que la crisis no se debe al encarecimiento del petróleo ni en los Estados Unidos y demás países metropolitanos

del sistema capitalista mundial ni en los países empobrecidos del Tercer Mundo, entrampados periféricamente en tal sistema. Herrington establece sólidamente la hipótesis de una crisis estructural del sistema.

Baste recordar que es en 1971, un año y medio antes del embargo petrolero, cuando el presidente norteamericano Richard Nixon, respondiendo a las señales de resquebrajamiento del sistema monetario internacional, estabilizado desde 1944 en los pactos de Breton Woods, retira a los EEUU de dichos pactos, rompiendo la relación del dólar con el patrón oro y devaluando el mismo dólar. Es también antes de la guerra de Yom Kippur cuando David Rockefeller, quien recientemente renunció por jubilación a su puesto de Presidente del Chase Manhattan Bank, se presta a dirigir los esfuerzos en vistas a crear un nuevo *modus vivendi* "trilateral" para intentar solventar la cuestión de la disputa intracapitalista acerca del liderazgo del sistema. Responden estos esfuerzos a la amenaza de "guerra" por los mercados internacionales con la que se desafía, desde otros países centrales del sistema capitalista mundial, la hegemonía de los EEUU, en base a una creciente mayor productividad. Se dibuja así la naturaleza tal vez fundamental de la crisis estructural del sistema: la crisis de hegemonía de la burguesía financiero-industrial norteamericana, que se había transnacionalizado.

Es esta crisis estructural la que provoca en el mundo crisis coyunturales abiertas a oportunidades políticas diferentes y aun opuestas. En los EEUU, ya desde 1968, provoca el auge y la posterior consolidación de una coyuntura conservadora interna, que reclama un cambio de modelo y posibilita la configuración de nuevas alianzas de clase. En varios países de Centroamérica, por el contrario, esta crisis abre las puertas a situaciones prerrevolucionarias e incluso revolucionarias, favorecidas por las preocupaciones internas de los países centrales y por el conflicto alrededor del reacomodo de liderazgo dentro de la globalidad del sistema. Con respecto a las oportunidades abiertas en Centroamérica convendría leer la recopilación de estudios "Centroamérica en crisis", elaborada por el Centro de Estudios Internacionales de la Ciudad de México bajo los auspicios editoriales del Colegio de México.

La crisis estructural del sistema capitalista global, y en concreto la crisis de hegemonía del poder de la burguesía financiera e industrial nor-

teamericana que se había convertido en transnacional, provoca una falta de estabilidad y firmeza en la política internacional de los EEUU, no del todo mal representada en los sucesivos bandazos de tal política durante la década de los '70. Es esta debilidad de la política internacional la que permite, sobre la base del desencanto y de la desorientación nacionales, la fuerza emergente de tendencias conservadoras (y aun reaccionarias) en los EEUU. La burguesía nacional —en parte una pequeña burguesía productiva— se hace firmemente presente entre las fuerzas sociales que por tres veces consecutivas lanzan la candidatura presidencial de Reagan hasta hacerla triunfar en 1980 con una avalancha de votos (dentro del contexto que incluye tradicionalmente ya una fuerte dosis de abstencionismo electoral). Este ascenso firme del conservadurismo político norteamericano en función de la debilidad internacional de la política de los EEUU, representa una de las tesis de fondo de este artículo, tal vez la principal.

La debilidad internacional actúa en los EEUU como detonador de un profundo descontento social. Su símbolo más evidente es la crisis de los rehenes mantenidos en la embajada de los EEUU en Irán, incluyendo en ella el fracaso de su rescate militar. El descontento social viene provocado por la incapacidad que demuestran las correcciones "keynesianas" al modelo capitalista (introducidas en la década de los años '30) para salir al paso de la satisfacción de las necesidades populares. Estas últimas son ya, en la postguerra a la segunda guerra mundial, no sólo necesidades básicas de subsistencia sino también necesidades fuertemente consumistas inducidas por el alto crecimiento económico de dicha postguerra, así como por su utilización ideológica (movilidad social, idealizada frente al aumento real de la pobreza, fusión étnica ensalzada mientras se alimentan los temores irracionales hacia las etnias de color, etc.). Sobreviene entonces el rechazo creciente de las políticas "liberales", que representaban el intento reformista de la gran burguesía transnacional (financiera e industrial) para enfrentar la gran crisis de 1929. La victoria de Reagan aparece, por tanto, como la muerte de una época reformista.

3.1. El "Nuevo Trato" (New Deal).

En 1932, Franklin D. Roosevelt fue electo presidente de los EEUU en base al programa político conocido como *New Deal*. El programa en cuestión emergía como un gran giro al interior del capitalismo monopólico imperialista, en medio de la gran depresión económica que explotó con el hundimiento de la bolsa de valores de New York en 1929. Roosevelt pertenecía precisamente a una de las familias más importantes de la burguesía financiera, dividida políticamente en dos ramas: una republicana y otra demócrata.

James Weinstein ha dedicado varios estudios al origen del *New Deal*, investigando el ideal corporativo y el nacimiento del Estado liberal preocupado por el bienestar social (*social welfare*). De sus estudios se deduce que, a partir de la crisis económica de 1907, una parte de la más poderosa burguesía estadounidense elaboró entre 1915 y 1921 un programa renovador para el manejo del capitalismo en términos políticos, previendo así la necesidad de un enfoque reformista a 15 años plazo (1930), que corrigiera las distorsiones sociales provocadas por la competencia de precios, la monopolización de los mercados por la fusión en *trusts* de grandes empresas y la especulación subsiguiente de valores financieros en bolsa.

El nuevo proyecto tenía dos líneas fundamentales: la regulación y hasta cierto punto el control de la producción industrial y la regulación y control de las clases más explotadas de la población. Para la primera de estas dos directrices, se establecía la regulación estatal, como la forma política del papel del Estado correspondiente al desarrollo monopólico del capitalismo y a sus leyes, para evitar así la anárquica competencia de precios que había provocado desde 1907 una recurrencia de crisis económicas confluente en la gran depresión de 1929.

La segunda directriz del *New Deal* adquiriría cuerpo a través del ensanchamiento de la ciudadanía social de la clase obrera y de las capas más explotadas de ella; se le darían garantías para proseguir su lucha por sus intereses a través de la contratación sindical (protegida en la legislación), y por medio del otorgamiento de participación en las ganancias de las empresas por la vía de los beneficios sociales (salario social) implementados por el Estado. En ambas líneas el Estado asumía un nuevo papel político a través de grandes gastos, creándose así un Estado Corpo-

rativo Liberal, responsable del "bienestar social".

La dirección del Partido Demócrata (como hemos visto ya, ligada a la gran burguesía), aceptó este programa renovador —el *New Deal*—, ya que evidentemente le iba a reportar muchos beneficios a través tanto del manejo de los programas de bienestar social como de una reestructuración impositiva favorecedora de la inversión de capitales. En concreto, los programas de bienestar social iban a constituir la base para la consolidación de las grandes maquinarias políticas urbanas del Partido Demócrata, permitiéndoles atraer convincentemente los votos y las adhesiones de los grupos étnicos marginados hasta entonces (irlandeses, italianos, polacos, alemanes, y más adelante negros).

Se neutralizó así a los líderes obreros, quienes aceptaron abandonar el camino de la confrontación de clase para entrar por el de la negociación sindical. Se formó así una alianza de clases entre la gran burguesía internacional (financiera e industrial), la clase obrera y los grupos étnicos aún no bien integrados; una alianza, administrada políticamente por la capa de dirigentes progresistas del Partido Demócrata y cimentada ideológicamente por los intelectuales liberales.

Para la clase obrera de los EEUU, esta alianza interclasista, en la que evidentemente la dirección hegemónica estaba repartida entre la gran burguesía y los políticos administradores del Estado, significó objetivamente el bloqueo de las posibilidades políticas encerradas en un partido que representara los intereses propios de dicha clase. Es evidente que la interpretación analítica nos lleva a detectar aquí un error político de conducción de clase que se ha mantenido por más de 45 años. En función de un proyecto de empleo más extenso (ideologizado como probabilidad de "pleno empleo") y de subsidios para la eventualidad del desempleo, los dirigentes de la clase obrera renuncian a una modificación sustancial del sistema de explotación así como a una lucha consecuente por cuotas de poder político cada vez mayores y menos condicionadas.

Es muy importante señalar que los logros de reajuste del capitalismo, obtenidos a partir de este nuevo modelo y expresados políticamente en la nueva alianza de clases, fueron logrados a plenitud solamente con la reactivación de la base productiva a través del esfuerzo bélico de la Segunda

Guerra Mundial. La convocatoria contra el fascismo y el nazismo, ideologizada fuertemente como defensa de los valores universales de las democracias occidentales, permitió desde 1939 a 1945 desarrollar una tremenda inversión de capitales, movilizar la adhesión idealista de la clase obrera y además imponer una política económica de relativa austeridad. De 1945 a 1965, por otro lado, el gran crecimiento económico se utilizó para exportar la inevitable inflación hacia los países periféricos del sistema capitalista global, a través del intercambio desigual, de la continua desvalorización de los precios de las materias primas provenientes de ellos (o de sus productos agrícolas), etc. Fue así posible ganar la adhesión de la clase obrera norteamericana, manteniéndola con la repartición de una cierta abundancia y con el disfrute de una paz social correlativa, mientras los valores seguían sosteniéndose a través del desplazamiento de la defensa de la democracia desde el antinazismo hacia el anticomunismo y la competencia con la Unión Soviética, especie de "nueva frontera" ideológica. Entre el "jacobinismo" anticomunista del ex-Senador McCarthy y el no menos anticomunista "idealismo" de John Kennedy, se extienden los años de los últimos soldados norteamericanos recibidos como héroes nacionales a su regreso a la patria (los veteranos de Corea), los años de la presidencia paternal del General Eisenhower y los del debate sobre el más placentero estilo de vida para la masas (el debate "culinario" de los electrodomésticos entre Khrushchev y el entonces Vice-Presidente Richard Nixon). Todo ello se prolongará, de manera más bien extravagante, y en ese sentido algo artificial a través de la carrera en pos del dominio del espacio desde el lanzamiento del primer *Sputnik*.

Es, entonces, crucial considerar que los correctivos "keynesianos" al modelo puro del capitalismo liberal funcionaron con bastante éxito mientras hubo una hegemonía de la economía estadounidense en el mercado mundial, a consecuencia de la tecnología desarrollada y de los mercados dominados durante la Segunda Guerra Mundial, muchos de ellos obtenidos por la sustitución de potencias europeas coloniales, a través del apoyo norteamericano a los movimientos de descolonización.

Frente a este modelo renovador, la burguesía nacional y los conservadores sureños plantean una crítica que comienza relativamente temprano. Ya en 1948, el Senador Strom Thurmond, sufre, concurre a las elecciones presidenciales, separándose del Partido Demócrata y presentando una candidatura independiente de los dos partidos tradicionales. Su trayectoria posterior con su afiliación al Partido Republicano es bien conocida. La radicalidad ideológica conservadora dentro del Partido Republicano la comenzará a expresar ya en 1952 el candidato a la Vice-Presidencia, Richard Nixon; contrastará entonces con el pragmatismo de su compañero y líder de boleta, el General Eisenhower, para continuarse en la candidatura presidencial del mismo Nixon frente a Kennedy en 1960, de Barry Goldwater (1964 —extrema derecha del Partido—, cuyo tiempo no había llegado aún), de Nixon de nuevo (1968 y 72) y finalmente de Ronald Reagan, en quien alcanza su fruición el prematuro esfuerzo de Goldwater.

De parte de las clases populares, sin embargo, la crítica no comienza hasta 1962, haciéndose virulenta sólo desde la mitad de la década de los '60 y sobre todo desembocando en frustración masiva en los '70. La penetración del capitalismo



en los Estados sureños provoca una constante migración de trabajadores negros no cualificados hacia las grandes ciudades del Norte y especialmente del Nordeste, pero también hacia los centros industriales del Oeste Medio y de California. Esta migración, incapaz de ser absorbida productivamente, presiona los salarios y constituye focos de alarmante pauperización en el interior de las grandes ciudades. Fenómeno bien conocido en América Latina, pero menos reconocido en los EEUU, se trata de un signo poderoso que apunta hacia la degradación del modelo del *New Deal*. La extensión de la pauperización se recubre en seguida de amenaza para los beneficios conseguidos socialmente por la clase obrera. Amenaza que se incrementará fuertemente con la migración que, entre otras causas, es producida por la exportación de la inflación sobre todo hacia América Latina y en especial hacia México; comienzan a llegar las grandes oleadas de emigrantes "hispanos".

Por otro lado, el crecimiento de economías capitalistas como la del Japón y la de la Comunidad Económica Europea (Alemania, sobre todo), produce, a través de la creciente capacidad de competencia de los productos de exportación de estos países y a través de una progresiva agresividad comercial unida a notables proteccionismos de la propia producción, un aumento de la capacidad de desempleo, implícita ya en el proceso señalado en el párrafo anterior. El enorme gasto estatal necesario para enfrentar el creciente desempleo, unido a la continuidad de las grandes ganancias transnacionales, provocarán los vaivenes entre recesión e inflación, típicos de los últimos 16 años; a esto se añadirá el desproporcionado gasto bélico de la guerra en el Sureste Asiático (Vietnam y el resto de Indochina), que drenará la economía, en lugar de activarla.

Es indicativo del período que el estallido de motines y protestas en las grandes ciudades industriales norteamericanas, y sobre todo en sus ghettos étnicos, se irá dando en perfecta coincidencia con los más ambiciosos proyectos de "guerra contra la pobreza". La capacidad de ajuste del sistema se revela muy precaria entre 1966 y 1969, años de los "veranos calientes" (grandes incendios y saqueos en los ghettos), mientras que es en 1964-65 cuando se convierten en ley los programas johnsonianos para combatir la pobreza, redescubierta como nunca desde los años de "las uvas de la ira" (es decir, los años subsiguientes a la gran depresión del '29).

Dos críticas fundamentales, o mejor dicho, dos líneas críticas se superponen a través de este período. Hemos aludido ya a la crítica temprana de la derecha conservadora, arraigada en la burguesía nacional y en los empresarios pequeño burgueses, relativamente independientes y cada vez menos capaces de competir ante la invasión de productos importados de los nuevos centros capitalistas. Se trata de una crítica que ataca el papel regulador del Estado, su omnipresencia burocrática y la incapacidad imaginativa de los políticos "liberales". La crítica de la izquierda sobre todo de los sindicatos que dirigen a la clase obrera e influyen en el Partido Demócrata, se concreta en la exigencia de más reformas que salgan al paso del mayor desempleo y de la creciente inflación que disminuye la capacidad de satisfacer las necesidades consumistas y aun a veces las vitales, e impiden la concretización del ahorro.

Más hondamente, sin embargo, catalizada por la urgencia económica (las famosas *bread and butter issues* —problemas del pan y la mantequilla—), se va extendiendo entre la clase obrera y entre las minorías étnicas una frustración espiritual. Desde la década de los '40, se ven continuamente sustituidas en su protagonismo político por la dirigencia del Partido Demócrata, por los altos burócratas sindicales y por los intelectuales liberales. En una alianza de clases los obreros no tienen ninguna representación directa como clase; sus líderes han adoptado dentro de la alianza los intereses globales del sistema. Esta frustración espiritual desemboca en la crítica económica y social virulenta en los últimos 10 años.

No se puede exagerar la importancia que tiene el hecho de que la debilidad de la política exterior norteamericana, tal como se expresa en los virajes sucesivos de ésta (beligerancia en Vietnam, quiebra *kissingeriana* del mundo bipolar, trilateralismo y *distensión* —*detente*—, énfasis en los derechos humanos como factor de confusión en la política internacional —ya que significa una retórica de moralidad inusitada en el campo del pragmatismo—, cierta benevolencia descuidada con algunos movimientos de liberación nacional o revolucionaria, etc.), es percibida por la burguesía nacional y por la clase obrera como parte del mismo paquete económico que se encuentra a punto de fracasar. La clase obrera, además, con su tradición de movilización patriótica ideologizada, la percibe como parte de su frustración espiritual. Aparece, por tanto, claro,

el vínculo entre debilidad internacional y crisis estructural, así como entre dicha debilidad y giro coyuntural en las simpatías políticas de la clase obrera.

En este contexto del final de un modelo de reajuste económico al capitalismo y de una alianza de clases, es donde se explica el triunfo de Reagan aprovechando la cristalización de este estado de ánimo de frustración de la clase obrera respecto de los dirigentes de la alianza que se configuró en el *New Deal*.

El programa ideológico que encuentra en Reagan su definitiva cristalización había sido ya intentado tanto por Nixon como por Carter. Es evidente que Nixon ganó las elecciones en 1968 y 1972 frente a alternativas liberales de menor o mayor radicalidad (Humphrey y luego McGovern). Sin embargo, llegado a la presidencia, no supo o no pudo gobernar con métodos diferentes a los de *New Deal*. Precisamente durante su presidencia se consolidó el proyecto de la Comisión Trilateral (del que luego hablaremos), que constituye en realidad un intento de reajuste a las nuevas circunstancias del capitalismo transnacional por medio de un cierto compartir la antes indiscutida hegemonía de la economía norteamericana en el sistema global.

Jimmy Carter lanzó en 1976 una candidatura presidencial que tuvo como principal contenido el ataque a la incapacidad del *establishment* federal washingtoniano para introducir verdaderas correcciones al modelo y para dar peso político a quienes se sentían frustrados por décadas de decisiones hechas desde una lejana burocracia justificada por la intelectualidad liberal. Carter tampoco pudo llevar a la práctica coherentemente tal programa. Su dependencia de los objetivos de la Comisión Trilateral, cuyo candidato era, se lo impidió. Evidentemente dentro de la Comisión Trilateral (especie de cúspide elitista de políticos, financieros, empresarios industriales e intelectuales, además de algunos líderes de las cúpulas sindicales —por tanto, expresión transnacional clara de las fuerzas dirigentes del *New Deal*—) se encuentran en posición de liderazgo los intereses internacionales liberales, cuya pretensión es manejar la economía mundial del sistema de la manera más estable posible, preservando por consiguiente el papel regulador del Estado en la economía.

Carter era ya miembro de la Comisión Trilateral mientras desempeñaba la gobernación del Estado de Georgia. En cierto sentido fue selec-

cionado por su eficacia administrativa y su juventud por el mismo David Rockefeller, presidente de la Trilateral. Pero, por otro lado, no habiendo ejercido ningún cargo federal en Washington, y viniendo además del sur con su tradición de marginación política a los altos niveles ejecutivos, puede presentarse como antagonista perfecto del *establishment* washingtoniano. Su relativa juventud, especialmente en cuanto a su aspecto, y su idealismo moral, reflejado en el entusiasmo con que acoge el proyecto trilateral de introducción de la cuestión de los derechos humanos en la política internacional, hacen que su figura evoque a John Kennedy. Alrededor de él y frente a la oposición conservadora, se polarizan la clase obrera, los judíos, los negros, los chicanos, los católicos y en general todas las minorías frustradas o amenazadas de la sociedad norteamericana. La crítica al modelo del *New Deal* (crítica expresada en su ataque al *establishment*), la alianza económica con los intereses transnacionales que pretenden sólo reajustar el modelo de forma que vuelva a recobrar su vocación de estabilidad, y su apelación ideológica a las minorías a base de promesas de continuidad y reforzamiento de un modelo de reformas que ya está en deterioro irreversible, constituyen las coordenadas incoherentes del intento de Carter. Tal incoherencia explica que, habiendo comenzado su presidencia con un porcentaje de adhesión interclasista verdaderamente masivo, su popularidad descendiera rápidamente en forma brutal. Pretender mantener la vieja alianza de clases sin la base económica que la sostuvo en otro tiempo y atacar al mismo tiempo ideológicamente uno de los elementos sustentadores de la alianza, el Estado y su papel regulador, es lo que define la incoherencia e irrealdad del proyecto político de Carter.

Reagan en cambio, viene aparentemente decidido a poner fin a una alianza de clases que ha durado 50 años. No solamente plantea un ataque ideológico al Estado y a su papel ("se gobierna mejor cuanto menos se gobierna") sino que programa un corte radical para las partidas presupuestarias que venían sosteniendo el bienestar social y aliviando la suerte de las minorías. El desmantelamiento del papel del Estado en la guerra contra la pobreza es el verdadero objetivo de Reagan no puede estar más clara la diferencia.

Ahora bien, mientras existe para Reagan una coyuntura que le va a permitir cortar con una parte de las fuerzas sociales que configura-



ABUCHEAN AL PDTE. DUARTE.— *San Francisco, septiembre 27. Una mujer no identificada, abuchea al Presidente de la Junta Cívico-Militar de El Salvador, José Napoleón Duarte, durante una reunión con los periodistas, en San Francisco. (UNIFAX II de UPI).*

ron la vieja alianza de clases, permanece frente a un problema lleno de dificultades: tiene que encontrar un nuevo manejo para la regulación de la industria. El fondo de este problema es un conflicto interno a la clase dominante norteamericana; se trata del enfrentamiento de los intereses transnacionales con los intereses nacionales; se complica este conflicto cuando se considera que algunos de los intereses de la burguesía están conectados con la industria de armamentos (evidentemente impulsada por coyunturas belicistas) y otros no lo están. El conflicto entre intereses transnacionales y nacionales alude de alguna manera a las fuerzas que valoran sobre todo la paz social en los EEUU como ambiente necesario para la prosperidad de sus negocios y los que no la valoran. Sin embargo, esta diferenciación no está necesariamente conectada con posturas liberales o conservadoras. Lo liberal y lo conservador se mantiene como criterio, en cierto modo anacrónico, de diferenciación al interior de la burguesía, pero son las otras dos polaridades las que representan el conflicto más actual. Este conflicto de intereses se ha reflejado ya en la conformación del gabinete Reagan.

3.2. Factores relevantes para el surgimiento de un nuevo modelo y de una nueva alianza de clases.

Precisamente lo que indica el título de esta sección del artículo importa mucho tenerlo en cuenta: que los factores que impulsan hacia la sustitución del antiguo modelo de reajuste económico del capitalismo monopólico por otro, son a la vez fuerzas poderosas que empujan al desmantelamiento de la alianza de clases concertada en el New Deal. Veámoslos.

a) Pérdida de parte de la economía estadounidense de su hegemonía en el mercado mundial.

Desde el punto de vista de la clase dominante dentro del país que ha llevado adelante el proyecto político correspondiente a la fase imperialista del capitalismo, los problemas fundamentales aparecen como el reajuste de la hegemonía estadounidense en el mercado internacional y como la forja de una sola voluntad política en el seno de dicha clase dominante.

Para que el modelo "keynesiano" de correctivos al capitalismo monopólico funcione internamente en los EEUU, es indispensable el predominio hegemónico de la economía estadounidense en el mercado mundial. Sólo así se hace posible utilizar los beneficios del sistema para planificar una acumulación capitalista que permita crecimiento continuo, desempleo tolerable, seguridades sociales, etc. Cuando esta hegemonía empieza a resquebrajarse, se intenta reconstruir una hegemonía única en el comercio internacional a través del modelo de conciliación de intereses capitalistas nacionales competitivos. Este precisamente fue el modelo de reajuste diseñado por la Comisión Trilateral.

Este modelo, sin embargo, no ha logrado consolidarse en su funcionamiento. Los continuos problemas de la balanza comercial estadounidense respecto de Japón y de la Comunidad Económica Europea lo atestiguan, manifestándose en el progresivo deterioro de la capacidad competitiva de la industria automotriz estadounidense, de la industria electrónica, etc. Por otro lado, el modelo trilateral tampoco ha sido totalmente abandonado. Mientras tanto, el dólar (desde su devaluación en 1971) ha tenido que seguir intercambiándose con monedas más fuertes que él o, al revaluarse en el primer año del gobierno de Reagan, ha provocado en la relación con las reservas en oro sismos equivalentes a los que hace diez años suscitó la ruptura de la equivalencia fija entre él y el oro, tal como la efectuó Nixon; los efectos inflacionarios en los principales países con los que se intercambian los productos norteamericanos y viceversa no han tardado en sentirse, y los porcentajes de desempleo se han elevado a tasas no conocidas antes, p. ej., por Alemania Federal. La reciente cumbre de "los 7" en Ottawa ha demostrado la insensibilidad norteamericana ante la demanda europea de descenso en las tasas de interés bancario que naturalmente hacen muy difícil la contratación de créditos para la inversión.

Por otro lado, la industria norteamericana del acero abastecía en 1960 el 78% de las necesidades para la producción en los EEUU. En 1978 este porcentaje había descendido al 22%; hoy tal vez sólo el 16% queda abastecido por la producción nacional.

Son estos nada más que algunos ejemplos. Lo que importa señalar es que un tal descenso relativo en la extracción de excedentes en el mercado internacional reduce continuamente la posi-

bilidad de satisfacer las necesidades de la clase obrera, y más aún de atender a la satisfacción de sus aspiraciones, y pone además en desventaja a la burguesía nacional y a la pequeña burguesía norteamericanas.

b) Abandono de la alianza por parte de la burguesía sureña. Empobrecimiento progresivo de la clase obrera.

En el Nordeste industrializado de los EEUU, la clase obrera pasó por veinte años de crecimiento de su poder de negociación (1945-65), cuyo significado en realidad era hacer más difícil la apropiación de los excedentes del capital para los grandes capitalistas transnacionales de los EEUU. Mientras se dio la hegemonía de la economía estadounidense en el mercado internacional, esto resultó tolerable para la gran burguesía. Sin embargo, la misma transnacionalización progresiva del capital conllevó un fenómeno complejo e interdependiente. Por un lado, provocó las condiciones de posibilidad para la pérdida de aquella hegemonía, al facilitar, en Japón y en Alemania Federal (luego en el resto de la Comunidad Económica Europea), el surgimiento de otros polos nacionales de capitalismo central competitivo. Por otro lado, la transnacionalización del capital lleva implícitas las fuerzas que tenderán a romper la alianza de clases del New Deal; ésta requerirá para su mantenimiento fuertes desembolsos de capital para atender a la elevación de los salarios, para sostener los programas de bienestar social (salario social) y para pagar los fuertes impuestos municipales sobre el capital en las grandes ciudades del Nordeste; tales desembolsos reducirán fuertemente la capacidad de la burguesía transnacional norteamericana, afincada en el Nordeste, para competir con los nuevos centros de poder capitalista ubicados fuera de los EEUU. Finalmente, y como consecuencia de lo anterior, será el fenómeno de la transnacionalización el que provocará el desarrollo del Sunbelt (cinturón del sol) en las regiones sureña y occidental de los EEUU, poniendo nuevos cimientos para el rompimiento de la alianza interclasista.

Efectivamente, el desplazamiento de capitales financieros e industriales del Nordeste hacia el cinturón del sol, hay que verlo en este contexto de competencia internacional de capitales. Dentro de una alianza que supone la regulación del capital monopólico de la industria, disminuye

la capacidad de competencia al reducirse la clara hegemonía del capital norteamericano en el mercado mundial. Entonces se escoge la solución precisa: la fuga de capital y de equipos industriales hacia "el sur", de manera que este capital comience a funcionar con grandes beneficios en un contexto en que no hay sindicatos fuertes que impongan las negociaciones contractuales cuyo fruto son la elevación de salarios y la implantación del salario social; en un contexto, asimismo, donde los gobiernos municipales carecen de una estructura legal impositiva que presione al capital.

La existencia de esta "frontera" elástica, disponible para el capital, lleva consigo como resultado la posibilidad dialéctica de que las conquistas obtenidas por la clase obrera en el New Deal la hagan más débil. Al final del proceso, todo logro de la clase obrera se convierte en un déficit a su cuenta. Al recibir tal infusión de capitales, la burguesía sureña abandona la alianza con la clase obrera y también —crecientemente— con la maquinaria política del Partido Demócrata. Por otro lado, frente a la amenaza de inicios de organización sindical en el "sur", la clase dominante presiona con el traslado posible de sus empresas al lado mexicano de la frontera; así, con este chantaje, mantiene bajos los salarios y tiene a raya al movimiento sindical. No hay que olvidar que el desplazamiento de determinadas empresas hacia México, América Latina y otros países del Tercer Mundo, obedece a la misma lógica del fenómeno de la transnacionalización del capital en busca de contextos sociales competitivos.

Incluso en el Nordeste declina poco a poco la capacidad de negociación y sobre todo el estilo de vida de la clase obrera, por efecto de este mismo fenómeno complejo que hemos descrito. En efecto, el abandono relativo de las grandes ciudades del Nordeste por las grandes empresas industriales hace que descienda la recaudación de impuestos municipales; a su vez este decremento conduce a la reducción de los presupuestos urbanos, hace difícil la dotación de nuevas infraestructuras (medios de transporte rápidos y colectivos, p. ej.) o el mantenimiento de las antiguas (highways, servicios de bomberos, recogida de basura, etc.), llevando incluso a situaciones de bancarrota o cercanas a ella (recuérdense las repetidas crisis financieras de la ciudad de Nueva York). Esta disminución en los servicios sociales y su deterioro los sufren no solamente la clase

obrero sino también las pequeñas empresas y talleres independientes (decenas de miles de ellos) de la pequeña burguesía, que no pueden seguir a las grandes en su desplazamiento. Finalmente también algunas de las industrias más grandes, afincadas tradicionalmente en determinados lugares de los EEUU, como por ejemplo la industria automotriz de Detroit y otras que de ella dependen (como la de llantas de Akron, Ohio), experimentan las consecuencias.

Este proceso ha conducido a un empobrecimiento progresivo de la clase obrera. Entre 1973 y 1977, la clase obrera ha sufrido en sus ingresos una baja real del 6% anual, mientras que el sistema impositivo global ha mantenido su estructura desigual, regresiva con respecto a los ingresos. Además en estudios hechos por Gabriel Kolko toma en cuenta no solamente el impuesto sobre la renta, que sí es progresivo en los EEUU, sino el sistema fiscal en su totalidad, en el que los impuestos indirectos al consumidor y las escapatorias legales a las leyes fiscales (loopholes) contribuyen decisivamente a configurarlo en desventaja de aquellos ciudadanos con menores ingresos, a la vez que contraponen también desfavorablemente al individuo y a la corporación empresarial. Kolko obtiene de su estudio los siguientes resultados: el 33% más pobre de la población paga en impuestos el 38% de sus ingresos; el 33% intermedio paga en impuestos el 27% de sus ingresos; mientras que el 33% más rico paga en impuestos solamente al 21% de sus ingresos. Además durante todos estos años, en los que se incluyen los de crecimiento enorme de la economía del país, los años, pues, del New Deal, el 40% más pobre de la población de los EEUU ha seguido recibiendo únicamente el 14% del ingreso nacional. En Alemania Federal —dicho sea de paso— el político social demócrata y antiguo presidente del sindicato de la construcción, George Leber, nos indicaba en 1968, siendo ya ministro del gobierno de la "gran coalición", que la estructura de la distribución de la riqueza permanecía en su país estática desde los tiempos de la gran depresión de 1929. En una probable crisis del sistema, nos decía, se descubriría de nuevo la precariedad de las condiciones de seguridad de la clase obrera, no obstante la abundancia de que entonces se gozaba. La crisis actual de confianza que sufre Alemania Federal frente a los primeros signos del resquebrajamiento de su "milagro económico", confirma la visión de Leber, enfocada sobre la estructura social de este otro gigante del sistema

capitalista mundial.

Regresando ahora a los EEUU, la consecuencia de lo explicado anteriormente ha sido la rebelión de la clase obrera contra las partidas presupuestarias que el Estado ha venido dedicando a nivel federal a los programas de bienestar social, las cuales han provenído mayoritariamente de los impuestos que gravan, directa y sobre todo indirectamente, sus propios ingresos salariales. Por otro lado, los servicios sociales públicos, subsidiados por el Gobierno Federal, no siempre han dado resultado. Por ejemplo, el 20% de los hijos de obreros salen de la escuela secundaria sin poder leer más allá de un nivel correspondiente al segundo grado de primaria. Todo esto no puede menos de haber acumulado frustración y agresividad en la clase obrera respecto de una alianza de la que no es protagonista decisor.

Mientras tanto la pequeña burguesía y algunos intereses ya mencionados, de la gran burguesía, se empeñan en una batalla por la "reindustrialización" del Nordeste, enfrentándose así a los intereses de la mayor parte de la gran burguesía transnacional, que prefiere redistribuir la industria tradicional en la periferia del capitalismo, y dedicándose en el "cinturón del sol" a las industrias de elevada tecnología (comunicaciones, electrónica, armamentos sofisticados, etc.).

Así pues, habrá que observar con cuidado la posición de Reagan respecto de la alternativa de reindustrialización del Nordeste. Es en este terreno donde el programa de Reagan puede entrar en contradicción con los intereses económicos de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional. Sí, al igual que sus predecesores, acaba aquí cediendo a los intereses de la burguesía transnacional, es probable que le surja una oposición muy fuerte de parte de quienes, como clase o fracción de clase (en definitiva, como fuerza social) lo han apoyado mas conscientemente. Esta fuerza social llevará probablemente sus exigencias hasta pedir una mano muy dura contra la competencia de los productos de la industria extranjera, dada su incapacidad actual de competir con la producción de los otros países capitalistas punta.

En esta tendencia, evidentemente, la burguesía nacional contará con el apoyo de los grupos obreros sindicalizados. Pero no habrá que olvidar que la clase obrera se enfrenta hoy en día con una clase dominante dotada de varias bases, en cada una de las cuales tiene la elasticidad

de conducir sus intereses de acuerdo a circunstancias muy diversas. Mientras en el antiguo Nordeste liberal, la clase obrera sufre oleadas sucesivas de cesantía, se encuentra en cambio en el "cinturón del sol" (que incluye el capitalismo surfeño, otrora brutal) con una oferta de empleo nunca antes vista. Una clase obrera nacional, así dividida, es la que permite al capital unas posibilidades inéditas para imponer sumisión y reglas del juego nuevas al conjunto de la clase.

Es esta nueva base industrial en el "cinturón del sol", ya consolidada, la que permite que las medidas políticas y económicas de Reagan, que suponen en realidad un mayor desempleo y, desde luego, una reducción de programas de bienestar social, no sean percibidas inmediatamente como atentatorias al conjunto de la clase obrera, sino más bien como ataques al monstruo Estado y tal vez a las cúpulas sindicales burocratizadas. El 15% más pobre de la población, que va a sufrir más gravemente los efectos de las medidas de Reagan, no tienen en este momento verdadero poder social. Es por otra parte, en el medio ambiente habitual a su marginación del sistema, donde va a seguir encontrando este sector más pobre de la población ciertos modos, no convencionalmente aceptados, de sobrevivir (delincuencia en general, utilización de la corrupción, robo en particular, etc.). En esta perspectiva es más probable que la clase obrera proteste contra Reagan por falta de consecuencia en llevar adelante sus programas que por los efectos duros de tales programas. Esta probabilidad, naturalmente, hay que considerarla válida a un mediano plazo (de dos a cuatro años). Las coaliciones opositoras de las clases explotadas tendrán, sin duda, mucha importancia política. No es probable, sin embargo, que sean eficaces sino después de haber podido alcanzar una cierta masa crítica. La nueva coalición política que Reagan ha logrado construir en la Cámara de Representantes, habitualmente muy sensibles a las corrientes de opinión pública por estar sus miembros en contacto con segmentos del electorado mucho menores que los representados por los senadores y por tener que someterse a reelección cada dos años en vez de cada seis, es una muestra de hacia dónde se inclina la correlación de fuerzas en el escenario interno de los EEUU. A los opositores demócratas liberales no les ha quedado otra salida que emplazar a Reagan respecto de los resultados que sus programas obtengan.

En último análisis serán efectivamente esos

resultados los que indicarán, a mediano y largo plazo, si el supuesto analítico de este artículo es o no correcto; es decir, indicarán si la crisis de hegemonía del poder financiero e industrial transnacional de los EEUU es o no estructural y si es o no superable. El problema de la competencia de precios a nivel nacional llevó al capitalismo monopolístico de comienzos de siglo a un reajuste reformista que encontró su instrumento político en la alianza interclasista del New Deal regulada por el Estado. La actual competencia de precios internacional, ¿tendrá salida fuera de la provocación de otra guerra, global o de suficiente importancia sectorial como para reacomodar los mercados mundiales? Es probable, que no la tenga, si las tentativas conciliatorias internacionales fracasan y son definitivamente abandonadas. Esta probabilidad se basa en que el capital necesita un único control hegemónico para funcionar eficazmente a nivel global.

Por otro lado, la salida belicista puede ser provocada no sólo por mecanismos de quiebre estructurales. También puede buscarse en función de percepciones de pérdida intolerable de poder político de parte de determinadas fracciones de la clase dominante. No hay que huir de la realidad; la agresiva reafirmación de la burguesía nacional estadounidense reviste en esta coyuntura caracteres ideológicos que rememoran el estado de ánimo fascista. Es ésta además la base natural del apoyo más consciente de Reagan, ya lo hemos mencionado. Si éste se encontrara con una impo-

sibilidad radical de satisfacer a la vez los intereses de la burguesía nacional y de la burguesía transnacional, se haría más probable una búsqueda de solución a la crisis a través de la guerra. La retórica de fuerza que desde el comienzo de su presidencia ha derrochado Reagan, puede interpretarse, en sus diversos matices, tanto como recurso ideológico como también en la línea de quien intenta ser consecuente con su dureza verbal. Algunos de sus hechos provocadores, por otro lado, y sobre todo el increíble aumento del presupuesto militar a lo largo de cinco años, los próximos, no permiten abrazar a la ligera la hipótesis del mero recurso ideológico. Finalmente, no es seguro que la preferencia de la burguesía transnacional por el mantenimiento de una *detente*, garantizadora de la estabilidad y seguridad del mercado mundial, desdén el seguro adicional del incremento de fuerza y de su demostración militar aquí y allá. El Canciller alemán, Helmut Schmidt, no teme recordar a Reagan con cierta periodicidad el efecto de desestabilización que algunos de los más intransigentes comentarios políticos del nuevo gobierno norteamericano provocan en Europa.

Así pues, el fenómeno de la transnacionalización, cuya consecuencia ha sido la debilidad internacional relativa de la economía y de la política norteamericanas, permite resistencias congresionales (y también populares) a los programas de política internacional de Reagan. Esa misma transnacionalización, cuya consecuencia ha sido la división de la clase obrera a partir de la apertura de parte del capital de una nueva base industrial en el "cinturón del sol", crea una correlación de fuerzas internas favorable a una nueva alianza interclasista que permite los programas realmente antipopulares de Reagan y su percepción como programas populares. Para acabar con esta especie de "luna de miel" de que goza Reagan entre las bases de la clase obrera, parece que no bastarán unos meses de tropiezos económicos y sociales.

Esta debilidad de la política internacional de los EEUU —en nuestra hipótesis, una debilidad correlativa a la crisis económica estructural producida por la misma carrera hacia la transnacionalización— se refleja también en el aislamiento ideológico relativo al que se ve sometida la actual tendencia de los EEUU a una política dura: resurgimiento de la confrontación Este-Oeste con el esfuerzo de relegar la *detente* a un muy segundo plano y de ver cualquier conflicto sectorial en



el marco de una gran confrontación global. Precisamente por esta debilidad, en último análisis precisamente por la pérdida de hegemonía del capital financiero e industrial de los EEUU para imponer su visión ideológica políticamente, asistimos a la dificultad de resucitar la "guerra fría". Diríamos que se trata de un intento anacrónico, que corresponde a otras condiciones, ya pasadas, del desarrollo del imperialismo. La falta de seguimiento de los EEUU (del gobierno de Reagan) respecto de sus iniciativas para cortar créditos al gobierno sandinista de Nicaragua o para acosar a los movimientos revolucionarios de El Salvador y cortarles apoyo internacional en Europa (fracaso de la operación de difusión publicitaria de la lectura reaganiana de la situación salvadoreña a través del White Paper, por ejemplo), es una clara evidencia de la dificultad mencionada de resucitar el consenso ideológico imperialista. Pero siempre queda abierta la provocación de una "guerra caliente".

Por otro lado, el plazo mediano (dos a cuatro años) que el apoyo obrero otorga a la política de Reagan a nivel interno (no necesariamente a determinadas formas de enfocar soluciones para ciertos problemas de política exterior que evocan demasiado vividamente "lo de Vietnam"), se explica por el hecho siguiente. Un 65 % de la población norteamericana corresponde a la suma de un 15 % de población marginada por su empobrecimiento y de un 50 % más estable agrupado en la clase obrera. Este último porcentaje se divide a su vez en dos grupos: un 20 % con salarios más precarios y un 30 % más asegurado en sus salarios relativamente altos. Es este último 30% el que proporciona en estos momentos a Reagan su margen de adhesión política más confiado, porque son estos obreros más pagados quienes ven más de lejos y con menos inquietud el abandono de programas de bienestar social orientados hacia esa población marginada del fondo de la escala social norteamericana. Ni siquiera actitudes prepotentes del gobierno de Reagan, como la de enviar al Congreso leyes laborales sin la tradicional consulta a los grandes líderes de los sindicatos, hace que este apoyo obrero vacile por el momento; en realidad se ve precisamente que Reagan aprovecha esta correlación de fuerzas internas, basada en la frustración antes explicada, para dismantelar uno de los pilares del New Deal, la alta burocracia sindical. No en vano ha habido poco apoyo para la reciente huelga de controladores aéreos y sobre todo

para el manejo hecho de ella por sus líderes sindicales. Pero es también el otro 20 % de la clase obrera, peor pagado y menos seguro por su proximidad relativa al desempleo y a la marginación, el que puede ver más claro el juego del actual presidente. En realidad nos encontramos aquí con una instancia confluyente con la tesis formulada por los científicos sociales de la Escuela de Frankfurt, cuando asignan a los obreros más especializados y mejor pagados un papel de reacción conservadora y aun fascista en momentos de grave crisis del capitalismo.

3.3. La cuestión cultural: el aburguesamiento ideológico de los sectores étnicos tradicionales de la clase obrera.

Los grupos étnicos tradicionales que llevaron el peso de la lucha obrera (irlandeses, alemanes, italianos y más recientemente polacos) han sido asimilados fuertemente por la ideología dominante del sistema. Ya hemos podido comprobar que en su conjunto la clase obrera no ha logrado modificar su posición estructural en el sistema de clases sociales de los Estados Unidos. Pero sí se ha implantado fuertemente en ella el mito del cambio, la imagen de la movilidad social, de la permanente apertura de oportunidades. El crecimiento económico ha producido tal vez el ascenso social de los hijos en un 20 % de las familias obreras. Quienes han subido lo han hecho a través también de un cambio físico de residencia, estableciendo símbolos espaciales nuevos que rápidamente se convierten en "fronteras" entre clases sociales. En el proceso se quiebran los vínculos de la familia extensa y se rompen las redes de relaciones de barrio que sostenían el entramado de la clase obrera en sus sectores étnicos. Evidentemente se trata de todo un proceso de desclasamiento que conlleva una transformación de solidaridades culturales, entre ellas un cambio de valores y hábitos. Al mismo tiempo, sin embargo, el continuo proceso de movilidad de una minoría crea expectativas y mantiene viva la imagen de las oportunidades para la mayoría de la clase que se agrupa según etnia. La continuidad de las aspiraciones —desmovilizadoras— coincide con la debilitación del conjunto de la clase que sucede a través de la separación de quienes adquieren educación respecto del resto de las bases obreras.

Por otro lado, las causas propiamente económicas han ido siendo reducidas de importancia por los más radicales de los políticos y de los inte-

lectuales "liberales". Nuevas causas como la purificación de la atmósfera, la liberación femenina (que incluye la igualdad de derechos con cuestiones derivadas tan controvertidas como el aborto, por ejemplo), y antes aún la integración racial, ponen énfasis en problemas culturales cuyas implicaciones económico-sociales no son fácilmente captadas por la clase obrera. Los "liberales" han sometido así a esta última, una y otra vez, a una especie de repetición de la tremenda experiencia de aprendizaje cultural típica del inmigrante. Y esto, mientras los mismos obreros se dan cuenta, todo lo vagamente que se quiera, de que sus problemas económicos y sociales más fundamentales no están solucionados. Se trata de un desfase entre un esquema económico de necesidades básicas vivido en un marco ideológico muy conservador y un esquema político de aspiraciones culturales radicales vivido en un marco ideológico revolucionario. Así se comprende que se haya visto a obreros de la construcción, por ejemplo, acabar su período de trabajo e ir acto seguido a quebrar manifestaciones de movimientos juveniles. Así se entiende también la exacerbación de patriotismo, alimentado por las acusaciones de que los caprichos de unos millonarios exóticos del petróleo tienen toda la culpa de los males económicos que aquejan a la sociedad norteamericana; así se entiende también que hoy se sientan satisfechos cuando un presidente se atreve, después de muchos años de actitudes calificadas ideológicamente como "blandas", a llamar mentirosos y terroristas a los soviéticos".

En definitiva, estando la clase obrera carente de un partido que represente verdaderamente sus propios intereses, es difícil que se identifique con las causas más "liberales", e incluso radicales, abanderadas al interior del Partido Demócrata, por políticos e intelectuales ideológicamente avanzados. Si bien tal partido pretende ejercer la representación de los intereses obreros, ya hemos visto que, a la vuelta de las décadas, la percepción obrera se traduce realmente en frustración por no estar presente, en forma de protagonista decisivo, en la elaboración y en la conducción de la política de los dirigentes de dicho partido. Evidentemente esto habla claramente acerca del alejamiento, de la burocratización, de los altos dirigentes sindicales y en general de todo el aparato sindical, y de su progresiva cooptación, es decir de su progresiva asimilación a la cultura de la gran burguesía. La clase obrera se siente sin representación cultural en las maquina-

rias, primero, y en los aparatos sofisticados, después, del Partido Demócrata.

Por otro lado, los grupos étnicos de migración más reciente (desde el exterior o a través de oleadas internas), sobre todo los "hispanos", no han alcanzado aún un nivel de organización sindical, capaz de hacerlos aptos para tomar el relevo de los grupos étnicos más antiguos que forman un gran contingente de la clase obrera. La maquinaria política del Partido Demócrata, por añadidura, además de haber perdido mucho de su poder en las grandes ciudades, no se ha preocupado de considerar a estos inmigrantes más recientes como clientela política y no ha actuado, en consecuencia, como canal de reparto de beneficios sociales para ellos. El asesinato de Robert Kennedy, cuya pretensión política llevaba el carácter de representar a la población más pobre de los EEUU, adquiere así su verdadera dimensión de frustración de una alternativa bastante radical al interior del Partido Demócrata. Cualquier partido que, a largo plazo, se construya la clase obrera para representar sus propios intereses, tendrá que asumir también los intereses de estos grupos étnicos más recientes, incluso aunque sea consciente de que en ellos se da una articulación menos importante con los centros neurálgicos de la producción.

Esta vulnerabilidad ideológica es tan grande que, en febrero, cuando el presidente Reagan planteó ante el Congreso sus programas de drástica reducción presupuestaria encaminados a cortar los proyectos de bienestar social, incluso los altos líderes de la gran central sindical federada AFL-CIO, afirmaron a la prensa su falta de poder en esta coyuntura para organizar y ganar una contraofensiva. Esta percepción de su probable fracaso la sostenían precisamente cuando al mismo tiempo afirmaban su convicción de que el programa de Reagan "tendrá como únicos ganadores seguros a los ricos" (Newsweek, 2 de marzo 1981, p. 8). La falta de fuerza política, afirmada en aquella ocasión por William Wipsinger, dirigente del sindicato de maquinistas, se explica si se sabe que en 1960, el 35 % de la clase obrera estaba sindicalizada, mientras que en 1980 ese porcentaje había descendido al 19 %. En estas cifras se muestra un indicio de la poca fuerza real que en ese año electoral sustentaba las políticas "liberales", significando con suficiente evidencia el deterioro terminal — nuestra opinión — del New Deal.



3.4. Consecuencia: Captación reaganiana de la cólera y frustración de la clase obrera.

El ciclo político que comenzó en 1968 con el triunfo de Richard Nixon, llega, pues, a su cresta con el triunfo de Reagan en 1980. La victoria nixoniana no resulta suficientemente explicable, en un contexto de prosperidad notable conseguido básicamente por el Partido Demócrata, si no se toma en cuenta aquella fecha como indicativa de una crisis estructural de poder hegemónico al interior del sistema capitalista, que tiene en los EEUU las causas y efectos concurrentes que hemos ido señalando.

Varias veces hemos aludido a la composición social de la población norteamericana económicamente activa. Tal vez ayude ahora hacerla más explícita. Tenemos en primer lugar, ese 15 % de empobrecidos marginados del sistema, progresivamente más caros si se quiere seguir atendiendo a sus necesidades extremas. Viene enseguida un 20% afincado precariamente en la clase obrera, amenazado en sus salarios y en sus seguridades. Nos encontramos después con un 30 % de clase obrera estable, con salarios elevados y trabajo más o menos cualificado. Sumando ambos grupos obtenemos ese 50 % que constituye en EEUU la clase obrera manual. El siguiente escalón —otro 30 %— puede considerarse como lo que habitual-

mente se describe en términos de “clase media”; grupo complejo, que incluye tanto asalariados profesionales y técnicos, así como intelectuales, y a la vez alrededor de un 11 % (de la población total) formado por la pequeña burguesía (farmers —es decir, agricultores independientes—, dueños de talleres, y en general empresarios independientes de la industria, el comercio o los servicios). Nos queda finalmente el 5 % constituido por la grande y mediana burguesía.

Reagan, en su campaña, supo captar magistralmente la agresividad volátil y la angustia de ese 20 % de la clase obrera en situación más precaria (el 15 % más pobre simplemente lo descartó); y también captó la frustración espiritual de ese mismo 20 % y del 30 % más estable de la clase obrera (obteniendo de entre ellos mayorías sustanciales). Todo ello resultó en el fiasco de confianza con que fueron obsequiados los conductores políticos “liberales” (tanto demócratas como republicanos). Evidentemente que a ello le ayudó el alto porcentaje, tradicionalmente creciente, de abstencionismo electoral (que se da entre los marginados, los negros, y otros segmentos de los demás grupos sociales).

A la clase obrera Reagan le dirigió su mensaje en contra del modelo económico liberal, el crecimiento progresivo y continuo de los gastos del Estado a base de impuestos. A la misma clase obrera y a la burguesía nacional (en los EEUU prácticamente equivalente a lo que hemos designado como pequeña burguesía), les habló en contra de los políticos liberales y de su proyecto de Estado intervencionista y regulador. Y tuvo éxito, por haber atacado con suficiente coherencia la bancarrota de un modelo y una alianza percibidos ya como faltos de posibilidad real.

Es probable que la frustración largamente incubada, que Reagan recoge como fuerza motriz de un nuevo modelo (recorte de programas de bienestar social, recorte y reestructuración aún más regresiva de impuestos, y “menos” gobierno), le otorgue un capital de complacencia popular mucho más amplio y largo que el que estuvieron acostumbrados a disfrutar sus predecesores desde Nixon. Aunque los sectores menos estables de la clase obrera, con toda probabilidad, vayan a “tener” menos con los programas de Reagan, es decir, aunque el modelo de economía que privilegia la oferta no tenga —a juicio de la mayoría de los economistas y políticos— más probabilidades que las de una apuesta intencionalmente arriesgadísima, estos

resultados irán siendo ladeados por otros procedimientos, especialmente por el camino de la ideología. La dieta ideológica, que Jimmy Carter negó al introducir en la brutalidad de las relaciones internacionales un cierto correctivo de ideas morales, está ahora siendo administrada generosamente por Reagan y su equipo de gobierno (Haig, la Kirkpatrick, etc.), bajo la forma de bravuconería antisoviética y machismo patriótico.

En la gran burguesía, en cambio, no hay tal frustración. Tampoco existe la nostalgia por años dorados de mayor seguridad en el pasado. Lo que existe es el pragmatismo y tal vez el cinismo de quienes tienen conciencia de las enormes dificultades para enfrentar una crisis profunda, la llamen o no estructural. En su proyecto (del que la política de Reagan no puede abstraerse sin graves riesgos de todo tipo), se privilegian las formas de conciliación internacional que pueden devolver estabilidad —a su juicio— al sistema mundial de economía de mercado. Tal conciliación no ha tenido, sin embargo, el éxito que pronosticaba la “racionalidad” de los intelectuales de la Comisión Trilateral. La nueva agresividad reaganiana, por tanto, no será opuesta por ellos con celo extralimitado. Al fin y al cabo la cuestión de la OPEP, como cartel petrolero, no es sino un caso de problematización de acceso a recursos minerales estratégicos y un caso de la múltiple polaridad independiente dentro del sistema capitalista global. Mientras, la gran burguesía seguirá, probablemente, ensayando la búsqueda de la conciliación, como lo demuestra el continuo acercamiento al capital saudí-árabe y la comprensión creciente de sus ansiedades en el campo de la sofisticación de su defensa militar; pero el objetivo fundamental seguirá siendo garantizar el acceso a las fuentes del petróleo y de otros minerales estratégicos y el restablecimiento del control hegemónico sobre la globalidad del sistema capitalista. Dentro de esta lógica, el aumento vertiginoso del presupuesto de defensa de los EEUU puede ser percibido por la gran burguesía como un elemento capaz de hacer disuadir de aventuras a los soviéticos, principalmente de aventuras en los alrededores del Golfo Pérsico. Es claro que la carrera armamentista incidirá en la disminución de posibilidades del Estado soviético para seguir satisfaciendo las aspiraciones de consumo de sus ciudadanos. En tales circunstancias, la inversión de recurso en materias primas estratégicas será probablemente más

rentable en Siberia que en regiones lejos de sus fronteras, sometidas a la precariedad de tremendas resistencias nacionales. Sí, en último término, en la búsqueda de un nuevo proyecto para resolver la profunda crisis capitalista, las medidas reaganianas de retroceso a un capitalismo más desnudo no resultarían eficaces, la gran burguesía norteamericana puede llegar a pensar en la racionalidad de una tercera guerra mundial o de guerras sectoriales suficientemente estratégicas.

Tal coyuntura podría convertirse en la oportunidad de la clase obrera norteamericana para intentar la formación de un partido que verdaderamente represente sus intereses. Sería éste tal vez un primer paso hacia una especie de socialdemocracia, dirigida, en su camino hacia algún tipo de socialismo, por los intereses políticos de la clase obrera.

En cualquier caso, la formación de un partido político para que realmente represente los intereses de la clase obrera es una tarea a largo plazo. Tal tarea necesita trabajos de preparación de una alianza en varios frentes. En la base obrera, la tarea será su fortificación, dándoles a los sindicatos un contenido diverso del tradicional en el Nordeste y en otras regiones con fuerte implantación sindical; mientras tanto, en el “cinturón del sol” la tarea es naturalmente organizar y lograr la sindicalización de más y más bases obreras; de forma que, en la confluencia de ambas tareas se eleve el porcentaje de obreros organizados y al mismo tiempo la calidad de sus objetivos. Este trabajo hay que hacerlo también con las organizaciones de barrios. Además, existe una tarea pendiente que consiste en unificación progresiva de los numerosos “partidos” de izquierda, incluyendo a grupos de intelectuales. Los movimientos de solidaridad internacional constituyen otra de las fuerzas de esta posible alianza, que debe incluir finalmente a los nuevos grupos étnicos. Nuevos líderes políticos serán necesarios y también plataformas partidarias diferentes de las que ahora monopolizan las posibilidades electorales en los Estados Unidos. Todo esto evidentemente está visto como requerimientos necesarios para que, a largo plazo, la clase obrera no vuelva a quedar dependiente de una expresión política de la alianza, dentro de la cual sus intereses no sean los principales.

4. Hipótesis sobre la probable incidencia del imperialismo en el proyecto de las fuerzas populares de El Salvador.

Lo que hasta aquí hemos intentado realizar es un análisis estructural de la dinámica económico-social y política de diversas fases del capitalismo hegemónico en este siglo. Las hipótesis que ahora intentaremos formular implican una perspectiva de análisis coyuntural, y se refieren, en base al análisis anterior de tipo estructural, a la incidencia que los objetivos fundamentales de las clases dominantes pueden tener sobre el proyecto estratégico de las fuerzas populares en El Salvador. Esta incidencia puede desplegarse tanto a partir de los objetivos estructurales de salir al paso a la crisis profunda de hegemonía en el sistema capitalista global, como también a partir de los objetivos políticos de diversos grupos de esas clases dominantes en vistas a mantener a un mediano plazo su poder decisorio en los EEUU. Según esto, veamos nuestras dos hipótesis.

4.1. Caso en el que Reagan pierda apoyo interno sólo al final de su actual período presidencial.

Se asume en esta hipótesis que lo más probable es que el proyecto económico-social de Reagan fracase; que no sea un remedio atinado para aliviar la crisis económica ni para responder a las necesidades sociales. Se asume, por tanto, una tendencia similar a la que ha ido demostrando el proyecto conservador de la señora Thatcher en Gran Bretaña. Se asume que, sin embargo, tomará por lo menos tres o cuatro años acumular un descontento suficientemente masivo que provoque una seria retirada de adhesión política a Reagan, es decir, una retirada suficientemente masiva y cargada de actividad opositora. Como para hacerle perder las próximas elecciones. En febrero de este año podría tal vez haberse pensado, en esta hipótesis, en un plazo de dos años, como mínimo. Sin embargo, después de 8 meses de gobierno, no parece ese plazo el más probable, sino más bien uno más largo.

El atentado contra Reagan, además de aumentar por sí mismo el apoyo que ya tenía, tuvo un efecto multiplicador de este apoyo en base a la serenidad con que lo enfrentó; "serenidad bajo presión" (*grace under pressure*), definición dada por John Kennedy para decir lo que entendía por una actitud de valor o valentía, es uno de los rasgos más típicos del liderazgo político en la cultura

cívica de los EEUU. Pero, sobre todo, la capacidad política demostrada por Reagan para hacer votar con holgura en el Congreso sus programas fundamentales (reducción del presupuesto y reducción de impuestos, en el sentido que ya hemos explicado), programas ambos verdaderamente contradictorios con el *New Deal*, demostró en primer lugar la percepción que, sobre todo los "representantes" de la Cámara baja del Congreso, tenían de las inclinaciones políticas de sus bases electorales, y en segundo lugar aumentó aún más la percepción de Reagan como político eficaz frente una mayoría demócrata, al menos nominal, cuyos líderes "liberales" no se rindieron ante el desafío presidencial.

Este apoyo interno a la política de Reagan le hace evidentemente más fácil desarrollar una política dura respecto de El Salvador, a corto plazo. Sin embargo, no existe una perfecta correlación entre el apoyo a políticas internas de un presidente y el apoyo a sus políticas externas. En el caso de El Salvador, la debilidad de la política internacional de los EEUU, consecuencia de la crisis de su hegemonía, se concreta en la falta de adhesión que se produce de parte de bastantes de los otros miembros del sistema capitalista central multipolar respecto de la agresión norteamericana a los movimientos revolucionarios y populares de aquel país. Entra en función el aislamiento ideológico de esta política de "garrotazos". Y dentro de los EEUU, las memorias terribles de la guerra del Vietnam contribuyen a despertar una reacción sorprendentemente fuerte y masiva en contra de una guerra en El Salvador. Es aleccionador que, mientras más de dos terceras partes de las muestras estadísticas de la población norteamericana que han sido encuestadas aprueban la política interna de Reagan, esa misma proporción rechaza no ya una intervención norteamericana masiva en El Salvador sino incluso la presencia en ese país de asesores militares norteamericanos. Es evidente que con el envío de "asesores", no participantes nominalmente en combate, comenzó la escalada en Vietnam. Los "asesores" despiertan todo el horror que siguió, el horror de 50,000 soldados estadounidenses muertos y de millones que, a su regreso de Vietnam, nunca recibieron un recibimiento de héroes.

Siendo además irreal alimentar la expectativa de que el pueblo norteamericano encuentre creíble una amenaza en su contra proveniente del Caribe, no cabe duda de que es a través de un

combate ideológico como el gobierno de Reagan está intentando suplir la debilidad de su liderazgo y la falta de credibilidad de la amenaza a su seguridad. Eleva así la retórica de su enemistad con Cuba, resucitando la tesis de los primeros años '60, es decir presentando a Cuba como exportadora de revoluciones **marxistas que incrementan la penetración soviética en la esfera de dominio norteamericana**. Ubicando a El Salvador como eslabón en esta cadena de penetración (y a Nicaragua como puente necesario para ella), espera el gobierno de Reagan resituar la percepción del pueblo norteamericano y hacerle ver lo que está en juego dentro de un contexto de la confrontación Este-Oeste, y por consiguiente dentro del contexto del "gran miedo", de carácter nuclear en definitiva.

Del resultado del enfrentamiento de esas dos percepciones ("miedo a otro Vietnam", "miedo a la infiltración soviética") dependen en parte las posibilidades del gobierno de Reagan para una intervención militar más frontal en El Salvador. Se puede intentar poner término al problema salvadoreño mediante una intervención fulminante antes de que la percepción del peligro de otro Vietnam cobre más fuerza aún en la extensión de los movimientos de solidaridad con la lucha del pueblo salvadoreño. Se intentaría así hacer realidad la afirmación del Senador Percy, Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, en el sentido de que sería en El Salvador donde habría que poner un alto definitivo a la "agresión soviética". Es improbable, sin embargo, que el carácter de "fulminante" de la intervención sea tan eficaz como para evitar una larga prolongación del conflicto, ya tan enraizado en un pueblo armado. En ese caso, la fuerza actual, ya importante, del movimiento norteamericano de solidaridad antiintervencionista, engrosaría notablemente; al miedo a otro Vietnam se agregaría la oposición a un hecho real inevitable probablemente, al reclutamiento militar masivo de jóvenes.

Puede también el gobierno de Reagan recurrir en algún momento, dentro del plazo que hemos señalado de su primer período presidencial, a lo que se percibiría como remedio más drástico a la crisis de hegemonía, una tercera guerra mundial o un conflicto sectorial suficientemente global por su relevancia estratégica para el sistema capitalista. El Salvador puede entonces resultar envuelto en esas llamas más abarcadoras. Es, sin embargo, probable que, en ese caso,

tal política tenga que enfrentarse al surgimiento de una coalición opositora liberal-izquierdista, que acabe aglutinando una protesta más fuerte y menos resistible que la que provocó la guerra del Vietnam, ya que se prevé que la Iglesia y los cuatro sindicatos social demócratas formarán parte de esta oposición coaligada. La probabilidad que aquí estamos asentando es la de que la aglutinación nacional, patriótica, que otras guerras, anteriores a la de Vietnam, han producido (siempre en base a una causa ideológicamente conformada), no se producirá en el caso que aquí estamos considerando. La contradicción fundamental se conformaría muy probablemente entre la burguesía y la juventud, a la que le tocaría combatir.

En consecuencia, a partir de las dos circunstancias consideradas como ocasiones de la intervención masiva en El Salvador durante este primer período presidencial de Reagan, se puede afirmar como más probable una política de retórica dura, fuertemente ideologizada, ligada al intento de cortar el aprovisionamiento de armas a los movimientos populares de El Salvador mientras se sigue aprovisionando de ellas al llamado Ejército Nacional a través de la plataforma de la Junta militar-democrristiana; a la vez es posible que se intente entrapar a los ejércitos de Honduras y de Guatemala (con poca probabilidad de éxito en este caso último, dada la amenaza popular y revolucionaria en ese país y el desarrollo de la lucha), logrando de ellos una intervención más o menos abierta; finalmente se mantendrán las políticas de bloqueo económico a Cuba y Nicaragua, tratando de hacerle más eficaz en este último caso y de alimentar también en Nicaragua las esperanzas y la fuerza de la oposición interna al régimen sandinista.

4.2. Caso en el que Reagan conserve el apoyo popular más allá del tiempo de un primer período presidencial.

En esta hipótesis se asume también que el proyecto económico-social y político de Reagan, que reemplaza al del *New Deal*, se muestra incapaz de salir al paso de la crisis profunda del sistema capitalista en su globalidad; se asume que no detiene el deterioro de la capacidad de la economía norteamericana para satisfacer las necesidades y aspiraciones de grandes mayorías de su población. Sin embargo, se asume también como probable que el prestigio del proyecto, sobre to-

do respecto de las esperanzas puestas en el nuevo liderazgo político, no descienda, por razón de que se ligue aún fuertemente a la satisfacción de haber derrotado un modelo y un tipo de alianza percibidos como contrarios a los intereses de las mayorías. Se asume entonces que Reagan puede contar con una popularidad suficiente como para hacer que su presidencia (o al menos su política) perdure más allá de un período presidencial, tal vez por 5 ó 6 años.

En este caso, el enfrentamiento ideológico entre el espectro de "otro Vietnam" y el miedo a "la confrontación soviética", tendrá más probabilidades de irse resolviendo en favor de la tesis del equipo de Reagan de que en El Salvador se juega una parte muy importante de esa confrontación este-oeste. Todavía, sin embargo, permanece la fuerte probabilidad de que el pueblo rechace una intervención agresiva en un lugar en que no descubre intereses económicos suficientemente relevantes como para aceptar el sacrificio y el riesgo implicados en dicha intervención en una guerra que (sea cual sea su carácter más global, en todo caso problemático) ciertamente tiene el carácter de un enfrentamiento de liberación nacional y de revolución popular.

Para hacer entonces ideológicamente aceptable la intervención en El Salvador, el gobierno de Reagan (u otro semejante) tendría que conseguir que importantes mayorías del pueblo

norteamericano visualizaran una compensación suficientemente estratégica respecto de tal sacrificio y tal riesgo. De otro modo, es más probable que siguiera pesando la convicción de que en El Salvador (como en Vietnam) no se juega nada decisivo frente a los desafíos presentados por la Unión Soviética. Esta compensación iría probablemente por el camino de realzar la presencia en Centroamérica, como región, de reservas importantes de petróleo, por ejemplo. La existencia de yacimientos en Guatemala, y lo que se empieza a hablar sobre la probable presencia de tales reservas en las costas de Honduras, harían verosímil esta afirmación. Tal afirmación estaría, esta vez sí, cargada de un peso suficiente como para despertar un gran apoyo en los EEUU de cara a una intervención en El Salvador, como pieza crucial para la defensa de la región, ya que el pueblo de los EEUU, en su mayoría está ideologizado en el sentido de que la causa de su crisis económica es el alza continua de los precios del petróleo, unida al creciente descenso de las reservas conocidas de esta fuente de energía y a la dificultad de sustituirlas por otras fuentes.

Sea lo que sea de la incidencia de un apoyo interno a Reagan más prolongado sobre el resultado del enfrentamiento ideológico antes aludido, quedaría aún en cualquier caso irresuelto el problema de fondo: la recuperación de un único control hegemónico sobre la economía mundial de



mercado. Desde esta perspectiva, a menos de que **realmente** exista en la región centroamericana una reserva considerable de petróleo o de otros materiales estratégicos y esta existencia sea conocida por el gobierno de los EEUU, no habría una razón real para una intervención militar en El Salvador. Los costos no serían proporcionados a los beneficios. Más bien habría que esperar que se produjera un conflicto sectorial en otra parte del mundo suficientemente estratégica, y sobre todo en la región del Medio Oriente. En esta región es donde los EEUU verían posible una apropiación de fuentes de petróleo que daría nueva vida a la hegemonía norteamericana, poniendo a la vez a las otras potencias centrales del sistema capitalista multipolar actual (Europa Occidental, Japón) en fuerte dependencia respecto de los EEUU. Si este conflicto sectorial conduce o no a una tercera guerra mundial, por hacerse sus resultados incompatibles con los intereses de la Unión Soviética y del resto de los países socialistas, es cosa que entraría ciertamente en el cálculo de probabilidades de cualquier gobierno norteamericano y de la gran burguesía, nunca totalmente ausente de dicho gobierno. La chispa catalizadora de una oportunidad como la que hemos señalado podría saltar, por ejemplo, en caso de un golpe revolucionario en Arabia Saudita, de un movimiento soviético de tropas hacia Paquistán, de un renovado incendio entre Israel y los países árabes limítrofes con él, de un intento de bloqueo del Golfo Pérsico de parte de Irán o de Irak, etc. Es evidente finalmente que la chispa simplemente de una tercera guerra mundial puede también surgir en otra región del globo a partir de actos agresivos y no suficientemente ponderados y como secuela incontenible de las necesidades de coherencia con una retórica cada vez más belicista. El reciente derribo de los dos aviones libios en el Golfo de Sidrá por parte de la flota norteamericana del Mediterráneo, apunta con tino hacia la peligrosidad de la coherencia del equipo de gobierno de Reagan con la retórica que alimenta continuamente. No es remoto que sea en el Caribe, alrededor de Cuba como polo principal del argumento de peligrosidad de la presencia soviética en el patio trasero (backyard) de los EEUU, donde uno de estos incidentes, resultados imprevisibles, pueda producirse.

4.3. Juicio sobre estas dos hipótesis.

A estas alturas del gobierno de Reagan, en agosto de 1981, después de haber visto el plomo

y la decisión con que ha solucionado intransigentemente la huelga de controladores aéreos, y el apoyo popular a esta medida presidencial (57 % de una muestra representativa, como se ve en *Newsweek* del 17 de Agosto de 1981, p. 17), la hipótesis que nos parece más probable es la segunda: que haya que contar con Reagan o al menos con sus políticas durante un periodo que no bajará de 5 años. Si este juicio es correcto, una intervención militar de los EEUU de tipo masivo, al menos una intervención programada y apoyada por los intereses de la gran burguesía, se presenta como más probable en el Medio Oriente, por ejemplo, y no tanto en Centroamérica. Tanto más cuanto que la campaña ideológica llevada a cabo en contra de la posibilidad de que la Unión Soviética quiera solucionar militarmente los problemas que le causa la situación de Polonia en su esfera de influencia, o la campaña ideológica levantada contra la intervención soviética en Afganistán, tendrían como consecuencia que una intervención norteamericana en El Salvador provocaría una pérdida de prestigio de los EEUU y sobre todo una pérdida de la ventaja ideológica que le han proporcionado las votaciones en la ONU, desfavorables a la URSS en el caso de Afganistán, y los ojos del mundo vueltos hacia Polonia. Racionalmente las cosas se presentan así como más probables. Un manejo de la política ideológico emocional puede, con todo, hacer viable también la intervención norteamericana en El Salvador y tal vez más en Guatemala. De todas formas, si el juicio que aquí presentamos como más probable resulta cierto, el apoyo popular interno más prolongado a las políticas de Reagan hará menos probable una intervención militar masiva en Centroamérica, incluso aunque su proyecto más global esté en vías de fracasar, con tal de que ese fracaso no sea percibido como atribuible al liderazgo político de Reagan.

En cualquiera de las dos hipótesis, las posibilidades de una intervención militar masiva de los EEUU depende de la preparación militar, por lo que toca sobre todo a las llamadas fuerzas de "despliegue rápido", que permiten tratar de evitar que una confrontación global se convierta en la única respuesta posible a un conflicto de intereses, es decir permiten la posibilidad de conflictos bélicos sectoriales enfrentados fulminantemente. Es en este campo donde una intervención militar masiva en el Medio Oriente, por ejemplo, exigiría previamente el aumento de responsabilidades militares de los países europeos de la

OTAN (no sólo fuerzas convencionales mayores, sino instalación de **misiles** de nuevo tipo, de bombas de neutrones, etc.), de manera que tropas norteamericanas quedaran liberadas para otras bases militares (en Omán, Somalia, Kenia, Egipto, etc.). El incremento del movimiento pacifista en Europa ha dificultado a través de todo este año este objetivo, sobre todo en Alemania Federal. Y aquí encontramos de nuevo una de las tesis de fondo de este artículo: el contraste (y la contradicción) entre la debilidad de la política internacional, fuertemente opuesta en los demás países del sistema multipolar capitalista actual, y la fuerza proporcionada por el apoyo interno. También en Florida se está preparando otra fuerza de despliegue rápido destinada al Caribe y a América Central. Las actuales maniobras en la Isla de Viéques (Puerto Rico) y en Guantánamo apuntan hacia los trabajos en marcha, tal vez todavía no completamente a punto. Quedan las fuerzas del Canal de Panamá (el Comando Sur), cuyo uso es poco probable dado el peligro de dejar desmantelado el mismo canal; finalmente están las estacionadas en Puerto Rico; si bien hay que observar estas últimas con cuidado, el hecho de que en Florida se esté preparando la aludida fuerza adicional, podría indicar que esta fuerza de Puerto Rico no fue diseñada para ese despliegue rápido. Evidentemente "despliegue rápido" tiene un significado diferente cuando se trata de desplegar tropas en las cercanías de los EEUU y cuando se trata de tenerlas que usar a muchos miles de kilómetros de distancia.

También en ambas hipótesis hay que observar el problema más global de las relaciones entre EEUU y la URSS. Brezhnev, en su discurso al Congreso del PCUS en los primeros meses de este año, ofreció claramente la invitación a una cumbre dialogante. Evidentemente un país como la URSS, que tiene que atender a compromisos estratégicos fuertemente dispersos (420,000 soldados en la frontera con China, 300,000 en la frontera con Polonia, 120,000 en Afganistán), no puede entusiasmarse con la posibilidad de otra confrontación sectorial de alcance global. Reagan reaccionó con mucha cautela ante la invitación a la cumbre, en un primer momento. En fechas más recientes ha mostrado su gobierno una mayor disponibilidad a conversaciones alrededor del descenso de armamentos por ambas partes, o al menos de su control. En un primer momento, formuló como condición previa a tal cumbre el cese de la supuesta ayuda militar soviética a los movimientos populares y revolu-

cionarios de El Salvador, condición que fue rechazada por los soviéticos. Tal condición no ha vuelto a ser formulada recientemente, aunque en las últimas semanas se ha vuelto a elevar el tono de las acusaciones contra Cuba y Nicaragua respecto del aprovisionamiento de armas con destino a El Salvador. Mientras tanto, se ha hecho más flexible la postura de la URSS respecto a una posible retirada de sus tropas en Afganistán y sobre todo aparece mucho menos viable una intervención militar en Polonia. Ambas circunstancias reducen la tensión entre las dos grandes potencias. Desde todos estos puntos de vista, es probable la prolongación de un tiempo de experimentación para el nuevo proyecto de Reagan sin que se acuda a una confrontación última con la Unión Soviética.

Mientras tanto, la inconsistencia del **White Paper** sobre El Salvador ha quedado al descubierto, en parte como consecuencia de la debilidad de la política internacional de los EEUU (los otros países capitalistas no aceptaron en su mayoría la ubicación del conflicto en el contexto de la confrontación Este-Oeste), y en parte también por el aumento de simpatía solidaria en los EEUU hacia la causa del pueblo salvadoreño en lucha, así como por la oposición de casi todo el aparato cultural norteamericano a la política de su gobierno en El Salvador. Para no sobrevalorar esta oposición (la tentación está presente en el hecho de que no sólo el liberal **Washington Post** sino también el conservador **Wall Street Journal** fueron los demoledores del **Libro Blanco** sobre El Salvador), conviene pensar que oposición del aparato cultural no significa necesariamente oposición de parte de mayorías populares. La evolución de estas últimas irá dependiendo de cómo se vaya conformando la conducción política de la clase obrera desde 1984 a 1990. Pero esto nos hace ya abandonar la perspectiva de corto y mediano plazo para entrar de nuevo en la de largo plazo.

Finalmente es bastante claro que sería irresponsable trabajar sobre una hipótesis (o más bien sobre una fantasía) de la probabilidad del desmoronamiento a corto plazo de la economía estadounidense, y mucho menos del capitalismo multipolar internacional. Su crisis —la de ambos— es profunda; en realidad sostenemos aquí que es estructural. Pero el ciclo en el que estamos es testigo de una encarnizada lucha por reajustes y reacomodos y una resolución de la crisis por hundimiento a corto o mediano plazo no parece estar en el horizonte.